

El desvelo de Emma Brint

Mauricio A. Figueroa Candia

Brahman –the ultimate reality, the Absolute– is the only truth; the spatio-temporal world is an illusion, and there is ultimately no difference between Brahman and individual self.

Adi Sankaracharya (789 – 820 AD), *The Crest-Jewel of Wisdom*

La canción se repetía una y otra vez, incesantemente. Al principio le pareció distinguir palabras en castellano, pero la verdad es que no podría haberlo asegurado. Abrió los ojos. Se acordó de la canción de Van Halen con la que torturaron a Noriega para que se entregara a las tropas estadounidenses en los días del año nuevo entre 1989 y 1990. Qué terrible historia. Se dio varias vueltas más entre las sábanas y pensó que tal vez debía salir de la habitación para averiguar cuál de los vecinos –si el de arriba, frente, izquierda o derecha– tenía sonando ese espiral sin fin a eso de las 2 y algo AM, y que la tenía allí sin poder conciliar el sueño.

¿Qué era exactamente lo que le molestaba? Concluyó que no era ni el ruido, ni el calor, ni el no-castellano, sino la odiosa repetición del patrón. Pensó que era notable que no pudiera dejar de prestarle atención. Pensó también en lo efectiva que debía de ser la tortura de la gota china y en que su desconocido vecino probablemente era aún más extraño que el promedio de lo raro al que ya estaba acostumbrada en esa ciudad de gente sola.

Salió de la cama, adelantó la alarma de su reloj despertador, se puso una polera y un buzo cualquiera, abrió la puerta de su habitación y avanzó un par de pasos. Una enorme mosca negra y gorda pasó al lado de su cara. Guardó silencio; sintió que alguien caminaba por el pasillo. Nerviosa, regresó de inmediato.

Es divertido cómo la gente se obliga a sí misma a hacer cosas

(querer dormir, por ejemplo, o despertar), como si el resultado no fuera igual que simplemente hacer las cosas uno mismo. Emma pensó que era absurdo sentirse incómoda, así que salió una vez más, resuelta. Esta vez puso llave a la puerta.

Nada al frente, ni a la izquierda, ni a la derecha. Caminó sigilosa entre la luz amarillenta y usó la escalera de emergencias para subir al cuarto piso. Avanzó por el corredor y por fin se encontró con la habitación. La canción ahora se escuchaba nítidamente. Aunque todavía parecía tener un contenido trivial, siguió sin reconocer el español. Miró la puerta. Era azul, como todas las demás. Tenía un adhesivo de algún dios desconocido y una inscripción abajo con la palabra *samsara*.

Tocó la puerta tímidamente, sin éxito. Emma Brint pensó que no dejaba de ser interesante todo esto. Pensó en el dormir y cómo el dormir es, tal vez con la excepción de cuando se sueña, ser absolutamente nada por algunas horas. Ser el vacío, lo más parecido a la muerte después de la muerte. Ya no le resultó tan atractiva la idea de quedarse dormida. Además, la nada del sueño, el completo silencio, ocurría todas las noches en un agotador ciclo, como la canción. Le horrorizó la idea de que nunca nadie ha sido consciente del momento exacto en el que se pasa de la vigilia al sueño. Quizás ni siquiera existe ese momento, razonó: “la vida y la realidad son el sueño y el antisueño al mismo tiempo”.

No volvió a tocar. Bajó rápido por las escaleras de camino a la seguridad de su pieza. Ya en el pasillo, se cruzó con una muchacha en pijama. Al entrar (la puerta estaba sin llave), Emma Brint colgaba como péndulo, helada y sola. La mosca –negra, gorda, grande– no sabía de ciclos, ni del sueño, ni de pesadillas, ni de dioses, ni de la muerte. La canción seguía sonando.